

Acción del espíritu creador y ecología

Muluku aninko nikhwiya,
nikhwiya aninko notxe,
notxe ovila opharela:
walipihà, nnamphweya,
Wi kakaya, nnam' mora

Deus é como o recém-nascido,
o recém-nascido é como o ovo;
o ovo nao è fácil de segurar na mao:
se tu o apertas com força, parte-se,
se tu nao o seguras bem, cai

(Proverbio lonwé-Mozambique)

Aproximación

Las reflexiones que siguen no quieren ser aportes desde la teología dogmática, ni sólo desde la Biblia y tampoco desde la espiritualidad. Estoy conciente de que, enfrentar esta problemática, significa adentrarse en un misterio, profundizar más y más; pasar el tiempo recogiendo los detalles de la tradición más solemne y oficial, especulaciones teológicas y filosóficas, y, al mismo tiempo, recoger los detalles de la tradición más cotidiana de la vida, la que sale de los poros de la piel de mujeres y hombres que simplemente viven, o de las plantas, corteza de árboles ancestrales, tejido vegetal amante de la luz, del agua y del oxígeno. Epidermis de las hojas que secretan cera, para protegerse.

No se trata entonces, de un simple acercamiento entre dos problemáticas diferentes: teología y ecología, tampoco de enfoques científicos distintos. Aunque se mire el tema desde una perspectiva ética, el problema no gira en torno a lo que dice la teología moral, sobre esta nueva o antigua sensibilidad ecológica. Más bien, se trata de despertar la conciencia viva, de que en la teología, como escucha humana frente al

Hna. Antonieta Potente, o.p.

misterio, habita la experiencia de la vida en toda su biodiversidad.

Biodiversidad, elemento de un indecible misterio, así como el Dios del proverbio Lonwé de Mozambique. Un misterio que no es tal, no tanto porque sobrepasa la comprensión de los seres humanos, sino porque es muy pequeño, frágil, y sumamente vulnerable en su evolución y en su permanecer.

Ciertamente, haber considerado el misterio, el inefable, como algo que nos supera, y que se identifica más con lo perfecto, quedándose más allá de las dimensiones históricas y cronológicas de la vida, hizo que el cosmos y su historia con sus movimientos biofísicos más secretos, no nos interesara mucho.

Cuando la especulación teológica, se acercó a los temas de la cosmología, de acuerdo a contextos y épocas, tuvo mucho miedo. Observó, dijo algo, o mucho; a veces, pretendió dictar leyes en el ámbito de la ciencia, para que la vida, la simple vida de la humanidad y de la creación, no llegaran a molestar dogmas y sistemas teológicos.

Y que decir, de un cierto complejo teológico-bíblico, frente a la naturaleza, el cosmos, complejo heredado de la misma tradición antiguo testamentaria y después alimentado en la sospecha cristiana frente a la materia. Relación, *inquietante y empachante*, según la expresión del filósofo John Passmore.

Es desde allí, que, a lo largo de la reflexión y de la vivencia cristiana, se entremezclaron sentimientos: miedo, admiración y poder. Y es precisamente el poder, lo que cultivará una progresiva desconfianza, y –en algunos casos– desprecio, llevándonos a un profundo desinterés y encerrando en dos mundos separados, las ciencias de la naturaleza y la teología... Un difícil diálogo, que, en algunos momentos, se volvió soliloquio: por un lado la teología y sus moralistas conclusiones, y por otro la ciencia, con todo lo que eso significa, en su bella sospecha y autonomía.

Así que, en las(os) creyentes queda como una sutil nostalgia, por algo que se percibe ausente, en nuestra teoría y en nuestra praxis. A Dios, la mayoría de las veces, se lo busca en las manifestaciones más armónicas que el cosmos pueda expresar, pero muy poco en la vulnerabilidad del cosmos, a pesar de que la misma Biblia, muchas veces, lo narre así.

El drama humano –por lo menos– nos conmueve, mientras lo del cosmos, sus dolores de parto, como diría Pablo¹ nos asusta, cuando, simplemente no nos interesan, a no ser que nos toque de muy cerca. Para muchas(os) de nosotras(os), a veces, quien relaciona Dios con los movimientos de la vida, hace parte de aquellas religiones que consideramos ancestrales, pero, primitivas, dando a ese término toda una connotación negativa. Para otros, simpatizar con lo ecológico, significa acercarse y acariciar los vientos de la New Age postmoderna.

¹ Cf. Rm 8, 19-23.

Una cierta teología o espiritualidad de la perfección, egocéntricamente antropocéntrica, nos ayudó en todo eso. El cosmos tiene a que ver con Dios, pero sólo como criatura, y criatura que está dentro de una de las infinitas jerarquías de la vida; torre desde la cual emerge el ser humano, más perfecto que nunca, porque amado por la filantropía divina. El ser humano, él que se atribuyó la vocación de dominar y explotar, además que usar.

Así escribía Aristóteles: *las plantas fueron creadas para el uso de los animales y los animales para el uso del hombre: los animales domésticos como comida y para ayudar en las labores de la tierra, los silvestres, en su mayoría, para proporcionarnos buena carne y otras cosas propicia para nosotros, por ejemplo algo como abrigos...*².

Dominar, explotar, usar, verbos muy queridos para muchas civilizaciones, y más todavía, para las civilizaciones del mercado neoliberal y postmoderno.

A este punto, aproximarse a esta problemática que origina la que hoy llamamos ecoteología, nos pide replantear muchas cosas, no sólo rebotando todo al ámbito ético, como si el problema fuese sólo eso, sino ensanchando y replanteando la experiencia que tenemos del misterio.

Se trata de una problemática –una vez más– con sabor místico-político. La mística en efecto es tal, sólo si se vuelve experiencia histórica y contextualizada en medio de la andanza de los pueblos, sus difíciles partos

de liberación y de justicia, su posibilidad de ver, oír, palpar, oler el misterio. Ciertamente, desde esta perspectiva, el discurso no se encierra solamente en lo antropocéntrico, sino en lo complejo que es la vida con sus sutiles biodiversidades.

El tiempo de la creatividad: el misterio del manikós éros

En todo eso Dios no es ni él que en su ancestral capricho usa, como los seres humanos, el cosmos para mostrarse y hacer historia, pero tampoco el extraño personaje que no tiene nada a que ver. Del mismo modo, la creación no es simplemente la obediente sirvienta que obedece a Dios para realizar sus planes, sobre todo cuando se trata de castigar, ni tampoco el escenario pasivo en la cual el ser humano encuentra hospedaje, siendo el primer y el único privilegiado protagonista. Las dos perspectivas, nos parecen muy limitantes y sobre todo nos quitan la bella osadía que irradia el misterio en la misma vida. Las dos perspectivas hacen de la relación humano divina, algo sumamente moralista, en el misterio se insertan, como en el libro de Job, los lenguajes oficiales de sus “amigos” teólogos, lenguajes filosóficos y teológicos, éticos y espirituales. Todo se da en el juego de la lógica humana, en que la relación entre causa y efecto es tan fuerte, que las respuestas a los por qué históricos y cósmicos, según ellos son obvias. Lógica que sólo a partir de los capítulos 38 y 39 se quebrará, cuando la economía del misterio aparece sutilmente en la vida de

² Cf. Política. Libro I. Cap. 8, 1256b.

todos y todo. Dios, antes de *ser*, como nos gustaría a los seres humanos, es como quien *está*. Misteriosa presencia, que permanece secretamente, allá donde no podemos permanecer nosotras(os). Sin embargo, el Dios que permanece escandaliza a todos: Job, sus amigos y, puede ser, los mismos animales de la selva.

El Dios que permanece no es mago, ni demiurgo, ni genio, sino simplemente presencia, presencia que deja la posibilidad a las criaturas, de ser ellas mismas, y, sobre todo de ser creativas: Dios, Espíritu creador, amante.

*Después de Auschwitz y de Hiroshima no hay más Dios, lo que hay –completamente y de manera cada vez más apremiante- es una necesidad humana de crear. Es necesario desarrollar la potencia habiendo reconocido (y dominado) su contenido pasivo irreducible: el dolor, cuya hija es la potencia*³.

Auschwitz, Hiroshima, Irak, África, Bolivia, Colombia, Haití..., podríamos añadir nombres y nombres, símbolos de resistencia colectiva e individual, todos son tiempos de muerte y de vida, respiración profunda de la humanidad y de la creación, visto que en las guerras, en la violencia sufren personas, animales, plantas y las cosas se destruyen completamente. Sin embargo, todas estas paradojas, siguen siendo espacios de aliento, espacios de respiración cósmica, donde se intenta respirar otra vez. *A mi servidor no le harás daño....*⁴.

Nada que ver, entonces, como algunos piensan, con una teología que hoy se refugia en la problemática ecológica para escapar de la responsabilidad histórica de los millones de personas, mujeres y hombres, que viven éxodos existenciales económicos y sociales. Nada a que ver con un nuevo tema como salida de nuestras teologías impotentes y débiles, que vagan en los discursos neutrales, revestidos de una espiritualidad híbrida, de una comunidad cansada y desilusionada.

Espíritu, creación, cosmos, es la inquieta búsqueda de un espacio desde donde hay que reaprender a respirar, o desde donde hay que volver a gritar, pero también a jugar, a amar la vida. Armonizarse con los movimientos de un Leviatán demasiado torpe y en algunos casos violentos⁵, pero también, con los ritmos lentos y escondidos del parto de las gamuzas en el bosque, hasta llegar a aprender a contar los días, con ellas⁶.

El lazo, entre el Espíritu y el cosmos, también desde una perspectiva puramente cristiana, podría ser precisamente esto: los dos, o las dos, según un lenguaje femenino, son energías y espacios de creatividad. También según lo que nos brinda la experiencia de la primera comunidad cristiana, es bello redescubrir que la necesidad de crear es precisamente el tiempo del Espíritu, el tiempo después del dolor Pascual, es decir, del dolor del parto de una comunidad, de algunas mujeres que amaban, de algunos hombres que soñaron con...

³ NEGRI, Antonio. *Job: la fuerza del esclavo*. Buenos Aires 2003. pp. 113-114.

⁴ Cf. Jb 1, 12.

⁵ Cf. Sl 104,25-26; Jb 38; 40, 25.

⁶ Cf. Jb 39, 1-2.

Es importante también, notar que la creatividad es el tiempo de la Iglesia, tiempo en que la comprensión más fuerte del misterio se percibe como volver a reunirse para que Él vuelva, para que esté.

Pero, es aún más bello, redescubrir que el tiempo de la creatividad, es también el tiempo en que la tierra custodia un cuerpo humano muerto, herido, golpeado, cuidando de sus secretos sueños, de sus ilusiones, utopías y profundas coherencias. Misterio de vida, soplo, algo que habita adentro.

La cuestión ecoteológica entonces, es una cuestión mística, de relación con el misterio y con la vida. Es una cuestión que nos invita a un cuidado profundo de la vida como parto, saliendo de la mentalidad del eterno retorno, pero también de una mentalidad solamente proyectada hacia el futuro. El juego sutil del tiempo en que esta vida se da, desde el dolor, y es desde el dolor que emitimos gemidos de vida, anhelamos profundamente. En esta perspectiva, la creación, el cosmos, nos recuerda un espacio creativo, espacio creativo humano-divino.

Más allá de una teología hipostática

A partir de este enfoque, nos atrevemos a decir que la antigua y larga tradición de la comunidad cristiana en torno al tema se concentra más sobre la problemática bíblico-teológica de las Personas

Divinas. La hipóstasis, es la preocupación humana, aunque hay momentos en que se habla de energías divinas, sin embargo, en el centro de la reflexión queda siempre la problemática hipostática del misterio. Como dijimos al comienzo, no es nuestra intención, en este ámbito, hacer una historia detallada de la comprensión de Dios. Más bien quisiéramos reformular la problemática sobre todo sin separar las temáticas. No se trata de hablar de teología y de ecología, sino de redefinir el sutil lazo que el misterio desvela a lo largo de la búsqueda humana.

En una teología de las hipóstasis el Espíritu responde a estas exigencias humanas de la comprensión, de una voluntad de potencia de la razón, más que de una inteligencia amante. La Biblia nos ayuda hasta un cierto punto, es decir, el Espíritu de Dios, sobre todo en el Antiguo Testamento, adquiere un sentido polivalente, de acuerdo a las tradiciones y a los contextos.

Ciertamente en el mundo bíblico, el término ruah, es mucho más comprensible desde un fenómeno cósmico que desde una teología hipostática. Ruah, en efecto es viento, que pasa de la delicadeza de una brisa, aliento, suspiro, hasta llegar a ser fuerza que arrastra, huracán. Ciertamente fuerza que Israel atribuye a Dios: el viento es su respiración⁷, es presencia divina que agita los árboles (Is 7,2), sacude y arrastra el trigo (Is 17,13). Queda claro que ruah no se relaciona sólo con la experiencia cosmológica, sino con la

⁷ Cf. Ex 15, 10.

experiencia antropológica: es sinónimo de vida con todo lo que eso significa, así que perderlo significa morir⁸: siempre, sin embargo, su principio es divino, su origen es Dios⁹. En las personas, en el cosmos se entremezcla íntimamente la vida divino-humano, signo de intimidad profunda, solidaridad entre los seres vivientes y Dios. Presencia que habita.

El lugar privilegiado de todo eso es la historia, es decir, ruah, es dimensión que habita la historia, no la deja. Ruah no es sólo el principio de la vida en general sino también de la realidad histórica, de los acontecimientos, cuando estos, son expresión de esta pasión divina, acontecimientos que ponen en luz los dolores de parto de quienes buscan¹⁰.

Toda ésta comprensión pasa más por una experiencia que por una comprensión puramente racional y eso lo podríamos decir también de la experiencia de la primera comunidad cristiana.

El Espíritu de Cristo, el *Pneuma Christou* es la comprensión que las discípulas y los discípulos primero tienen estando con Él y después, más tarde se volverá un dato de la fe. Es experiencia de hombres y mujeres, contemporáneos de Jesús, que la primera comunidad recoge hasta que lo comprende como un dato de la fe. Es decir algo alrededor del cual la comunidad se reunirá para alimentar la fe la com-

prensión de su andanza histórico-ecclesial. En un primer momento es dynamis¹¹.

Cuando se hablará del Espíritu santo será por una nueva comprensión, que se da también a partir de la experiencia-postpascual, experiencia de otro modo de sentir y vivir la presencia del Señor y Maestro. Todo gira en torno a una experiencia de presencia. La comprensión nace de un sentir diferente, que después se vuelve toma de conciencia vital para la comunidad.

Presencia, dimensiones nuevas de vida, cambios. Aprender a estar con él en otro modo: compañero y paráclito, así como don¹² o detallista cuidador, asistente¹³.

La teología de las hipóstasis también es el fruto de un contexto, el contexto griego, donde la teología tenía que defender una experiencia esencial frente a comprensiones siempre más dualista de la vida y de Dios: un mundo dividido en dos. Necesarias distinciones, para ayudarnos, entre arianismo, politeísmo pagano-gnóstico. Los problemas, se resuelven en parte, porque la tentación de superar las herejías lleva la comunidad, la teología en general a marcar diferentes acentos.

De por sí en la teología católica el Espíritu de verdad se quedará muchas veces en el olvido, dejando espacio a un cristocentrismo, y con el Espíritu a mi pare-

⁸ Cf. Sl 78, 39; 104, 29.

⁹ Cf. Gn 2,7.

¹⁰ Cf. Is 31,3.

¹¹ Cf. Mc 5,30; 6,2.14; 9,39; Lc 5, 17...

¹² Cf. Lc 11,13.

¹³ Cf. Mc 13,11.

cer, se quedó en el olvido el cosmos, la vida, sus dimensiones más secretas y sencillas.

Es interesante notar que el Espíritu es más parecido y relacionado con lo interior e íntimo, más que, como lo pensamos muchas veces, con el fácil milagristo de algunas comunidades, que hacen del misterio una nueva propuesta del populismo cristiano.

Ciertamente esto no será verdad en la teología de la Iglesia Oriental, donde Dios es Pantócrator, en sus rasgos mucho más cósmico de los del Dios dogmático de la teología católica. El Icono de Rublev de la Trinidad: espacio cósmico de la vida cotidiana: Mamré¹⁴, las cálidas horas del día, la visita, la acogida, el asombro, el encuentro, la promesa, la comida, el amor humano. El sencillo pasar de la Divina presencia: el árbol de la vida, el cosmos, *un corte esquemático de la naturaleza*, diría Pavél N. Evdokimov, signo sutil de Su Presencia¹⁵. La dulzura del ángel de la derecha tiene algo de maternal. Él es el consolador, y también el Espíritu: el Espíritu de la Vida. Es aquel que da la vida y en el cual todo tiene origen. ...*el movimiento parte de él*¹⁶.

El movimiento secreto, íntimamente adentro. El movimiento de la vida: factores abióticos de un ecosistema y de un theosistema, con sus condiciones físicos químicas: la energía, los nutrientes, el agua, los gases, la temperatura y el suelo.

Para que el ecosistema esté en equilibrio estos factores deben permanecer en las cantidades y proporciones adecuadas, de manera que sean una base para la vida que sustentan. Estos son inseparables de los factores bióticos, pues los organismos vivos reciclan los componentes químicos. Equilibrio, cantidades y proporciones adecuadas, sutil juego del ancestral aprendizaje de la comunión, de lo plural, de lo infinito, de lo diverso...

El Espíritu, como alma de la vida; el Dios que habita adentro. *El alma podría ser un punto matemático y a la vez todo un universo astral*, escribe en su obra: *Realidad del alma* Carl Jung¹⁷.

Aprender a estar o, según las palabras de Pablo, aprender a vivir según el Espíritu, evocador de la diversidad, del siempre otro, otra. Evocador(ra) de los secretos, de lo íntimo, de lo que asegura la libertad de los seres, personas, animales, elementos químico y físicos. Elemento de las nuevas posibilidades escondida en los partos dolorosos de la humanidad y de la creación. Búsquedas, discernimientos, abandonos sacudiendo sandalias; caminos y opciones.

Dimensión, simplemente dimensión, lenguaje de género, lenguaje intercultural y ecológico, exigencia de relaciones nuevas. Así continúa Carl Jung: *Contemplando la historia de la humanidad tan sólo distinguimos la parte más superficial de los*

¹⁴ Cf. Gn 18.

¹⁵ Pavél N. Evdokimov. *Teología de la belleza*. Láste de la icona. Roma 1982. p. 234.

¹⁶ Pavél N. Evdokimov. Op. Cit. p. 241.

¹⁷ C.G. Jung. *Realidad Del Alma*. Editorial Losada. Buenos Aires 2003. p. 19.

acontecimientos y aun ésta aparece desfigurada en el espejo turbio de la tradición. En cambio, se sustrae a la mirada escrutadora del historiador, la verdad de lo sucedido, pues el verdadero acontecimiento histórico, profundamente oculto, ha sido vivido por todos, pero no ha sido advertido por nadie. Es vida y experiencia muy privada, extraordinariamente subjetiva, espiritual. Las guerras y las dinastías, las revoluciones, conquistas y religiones son los síntomas más superficiales de un secreto comportamiento fundamentalmente espiritual del individuo, que éste mismo ignora y que, por tanto, no transmite a ningún historiador⁶.

Extraordinariamente subjetiva, espiritual, no significa la alabanza del individualismo o del espiritualismo postmoder-

no y burgués. Más bien, se trata de lo que teológicamente o bíblicamente, podríamos definir como la osadía del acercamiento a la vida, osadía que supera los límites que impone la muerte, osadía frente a los pocos panes y pescados, osadía frente al flujo de sangre que dura desde doce años, osadía de formar comunidades humanas diferentes, osadía que nos permite sintonizar desde adentro.

Aprendizaje ético-místico de quienes, como proclama bellamente la leyenda hebraica, la vida tiene como única tarea, y como única fatiga, aprender a conocer las plantas y los animales...¹⁹ y, añadimos nosotras, aprender a conocer el infinito deseo de la humanidad en búsqueda, sus públicas y secretas luchas de sobrevivencia, y amar.

¹⁸ C.G.Jung. Op. Cit. P.52.

¹⁹ Cf. Giacoma Limentani. Gli uomini del Libro. Leggende ebraiche. Feltrinelli Editore. Milano 1995. p. 55